

alguna frecuencia me siento atormentado de inquietudes en la oración.

MAESTRO. Sólo el humilde, porque la humildad es el fundamento de la paz y quietud del alma. «¿Sobre quién descansará mi espíritu, dice Dios, sino sobre el humilde y sosegado?» Que como el navío con el lastre va caminando con sosiego, sin vaivenes, entre las furiosas olas del mar, así el humilde, con el peso de su propio conocimiento, se mantiene sosegado entre las tentaciones y tribulaciones de la vida. De manera que la humildad es el fundamento para la quietud, para la soledad, para el silencio y para extasiarse el alma en Dios. Esto es lo que dijo el Profeta Jeremías: *Asentarse há el solitario y callará, y levantarse há sobre sí*. No quiere decir asentarse há el que vive en soledad, sino el solitario, el desnudo de pensamientos y cuidados del mundo, de las imágenes y fantasías de las cosas criadas; el olvidado de sí mismo y de todo lo que no es Dios. Cualquiera cosa que te acompañe en la oración te ha de distraer é inquietar, y te ha de impedir la subida y la conversación interior con Dios. Por eso dice Él por Oseas: «Yo la llevaré á la soledad». No dice al desierto, sino á la soledad (de que vamos hablando); y allí le hablaré al corazón, esto es, con regalo y ternura de desposado, que

eso dicen los Santos que es hablar al corazón. Y esto basta para que entiendas qué cosa es ser solitario. Y si más quisieres, lee el capítulo xv de *Los Triunfos del amor*, en donde lo hallarás á manos llenas, y pasemos al silencio de que dice Jeremías: «asentarse há el solitario, y callará».

DISCÍPULO. Parece que está demas esta partícula *callará*, porque harto suficiente es hallarse quieto y solo para subir hasta Dios en la oración.

MAESTRO. Hablas como ignorante. Has de saber que muchos están solos, y no se levantan porque no guardan silencio. Es importantísimo el callar para tratar familiarmente con Dios. Preguntó un día Santa Catalina de Sena á nuestro Señor, por qué no revelaba en estos tiempos tantos secretos y misterios á sus siervos como en los tiempos pasados. Y respondiéndola el Señor: «Porque ahora no se acercan los hombres á Mí para oirme como Maestro, sino para que les oiga como discípulo». Y el mayor daño de todos es, que respondiéndose cada uno á sí mismo conforme á su gusto, dice que sintió la palabra divina, y que le habló Dios. Lo cual es falsedad y mentira; que Dios no abrió su boca, como Él mismo lo afirma por Jeremías. La primera cosa que pide Dios al alma su esposa, si quiere agra-

darle y que la codicie, es que le oiga. «Oye, hija, mira e inclina tu oreja, y codiciará el rey tu hermosura». Este tan importante consejo tomó para sí el santo Profeta, y puesto en el lugar de la oración dice: *Audiam quid loquatur in me Dominus meus: quoniam loquatur pacem in plebem suam et super sanctos suos et in eos qui convertuntur ad cor.* «Oír el habla de Dios; y miraré atentamente qué es lo que me manda, porque sé yo muy bien que he de ser paz para su pueblo y sobre sus cantos, y para aquellos que se convierten al corazón».

DISCÍPULO. ¿Hay alguna diferencia entre el pueblo de Dios y sus santos y los que se convierten al corazón?

MAESTRO. Ninguna, todo es uno; los que pertenecen al pueblo escogido de Dios son santos y cordiales, y para esos es la paz del alma.

DISCÍPULO. ¿Al fin es de mucha importancia el callar en la oración y dar lugar á que Dios hable?

MAESTRO. Es el todo; pero quedanos lo mejor por decir de este silencio, que no es la última disposición para extasiarse el alma en Dios; este callar suyo, que muchos callan, y oyen y no se levantan.

DISCÍPULO. Pues qué silencio es ese?

MAESTRO. Cuando todas las cosas callan en el hombre y duermen, y sólo el espíritu puro vela y está atento á Dios; cuando no hay ruido alguno en el alma; porque todos los sentidos y potencias guardan estrecho silencio. Aquel de quien dijo San Juan en su Apolipsis: «Fué hecho silencio casi media hora»; no hora entera, ni media hora, sino casi media hora, porque la gente menuda de casa es muy gritadora y pediguña, y así dejan poco lugar á sosiego. A este silencio se sigue el éxtasis, que por otro nombre llamaron los Santos muerte de beso, porque se hace mediante el contacto suavísimo de Dios con nuestra alma en la parte superior de ella; Oh sueño dulce y deseado, en que se le hace la salva á la bienaventuranza, y se gusta cuán suave es el Señor.

§ VII.

En este sueño estaba aquella alma santa, que habiendo enfermado en el amor de su Esposo, confiesa que le puso la mano izquierda por almohada bajo la cabeza, y que con la derecha le abrazó, y luego con este favor y regalo tan crecido, se quedó dormida. Y porque este sueño es muy saludable, y cuesta mucho primero que se apodera del alma, dice el

Esposo: « Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras monteses y siervos de los campos, que no despertéis á mi querida, ni la desveléis, hasta que ella quiera ». Ciertamente, que para que un enfermo duerma, cuando el sueño le ha de dar la vida, todas las puertas y ventanas se cierran, y no se consiente el menor ruido en casa. Así conjura Dios á todos los sentidos y potencias, que guarden estrecho silencio: á los ojos que no vean, á los oídos que no oigan, al entendimiento que no discorra, á la razón que no ratiocine, á la imaginación que cese; y al oír cierra puertas y ventanas, para que sólo la parte afectiva, que es la señora, goce del Esposo, como otro Moisés, que sólo él tuvo licencia para subir al monte, y la canalla y pueblo se quedaron en la aldea y ladera de él, conjurados, so pena de muerte, que no le inquieten, ni despierten con sus clamores y voces importunas. El autor del libro que se intitula *Subida al monte Sión*, que fué religioso de nuestra Orden, y de la Provincia de los Ángeles, solía decir muchas veces esta sentencia, y la dejó escrita:

« Quién me diese navegar,
Y, engolfado, no remar. »

DISCÍPULO. Parece petición fuera de propósito, porque el hombre engolfado, á remo

y vela procura salir del golfo, por no perderse.

MAESTRO. No habló tan superficialmente como suenan sus palabras. Golfo llama á este sueño dulce y pausa que hace el alma en Dios, á donde los remos del entendimiento y razón antes dañan que aprovechan; porque luego que ellos comienzan á remar, se acaba aquel gusto sabrosísimo de gran deleite, que siente el alma engolfada en Dios.

DISCÍPULO. ¿De manera, que el discurrir es lo mismo en el propósito que el remar en la navegación?

MAESTRO. Así es, como lo dices, salvo que hay diferencia entre el que discurre y el que rema; porque el que rema trabaja por tomar puerto; mas el que contempla, por engolfarse más en Dios; y hasta este punto son necesarios los remos y velas del entendimiento y razón, y en llegando aquí ha de cesar, para que el afecto puro goce de Dios á sus solas, como largamente queda probado en nuestros *Triunfos del amor*.

DISCÍPULO. Harto he leído aquel cap. xiv de la primera parte, que trata de cómo se ha de contemplar con entendimiento y afectos purificadísimos en grado superlativo, y nunca acabo de entender aquella manera de la abstracción y destierro de las fantasías y

representaciones de las criaturas, que se nos ofrecen en la oración; y me holgaría oír de tu boca un ejemplo que declarase toda aquella doctrina; y quedar terminada por hoy esta plática.

SU MAESTRO. Considera un mancebo capaz de razón; que nunca haya visto á su padre, y que un hombre de fe y crédito le dice: Hijo, mira bien que tienes un padre muy lejos de aquí, sapientísimo, poderoso, riquísimo y el más acabadó en todo de cuantos hombres hay en el mundo. Este te ama entrañablemente, y te provee en todas tus necesidades. El pan que comes, el agua que bebes, el vestido y lo demás que tienes, él te lo envía; por tanto, ámale mucho, obedécele y procura no salir un punto de su voluntad, pues le estás en tanta obligación. Pregunto yo: Este mozo que tales nuevas oye de su padre, ¿no se moverá naturalmente á quererle y á amarle con gran ternura y affición entrañable, y á desear verle, y á gozar de su presencia, ó será necesario que se ponga á pensar muy despacio si su padre es blanco ó negro, alto ó bajo, grande ó pequeño, ó otras semejantes condiciones materiales? No, por dios, porque le podría remover fácilmente, y divertir de lo principal, que es amar y codiciar á Aquel de quien por relación conoce que recibió el ser

y todo quanto tiene, y de los gustos que de la consideración viva de sus virtudes puede alcanzar; ni tampoco se ocuparía en considerar cómo fué hecho este su padre, y en otras impertinencias semejantes, sino sólo en que es su padre, su hacedor, su proveedor, el que le sustenta y regala, y á quien debe todo lo que es, como ya dijimos; las cuales consideraciones forzosamente han de despertar en él amor y benevolencia á su padre, y deseo y ansia de verle, y gusto grande en hacer su voluntad y ocuparse en su servicio. Esto mismo te digo yo á tí, que has de hacer cuando te llegarás á Dios en la oración; que pues sabes de fe que es tu Padre, que te hizo, y te crió, y te sustenta, y con admirable providencia acude por instantes á remediar tus necesidades; que derramó su sangre y murió por tí, etc. etc.

S. VIII.

No gastes el tiempo en definir, ni distinguir, ni hacer silogismos y discursos largos, averiguando cómo es, qué figura tiene, cómo está, ó sentado, ó levantado, de qué color, á dónde moraba antes que criase el mundo; si fué hecho, y otras impertinencias á este tenor; que distraen el alma y la embarazan y

privan de los gustos interiores que tendría si solamente se ocupase en la consideración de la bondad de este Padre, de su sabiduría, justicia, providencia, hermosura, misericordia y largueza. ¿Por qué has de querer tú comprender al que es incomprendible, y medir con la vara corta de tu juicio al que es inmenso, y estando en el destierro saber como los que le gozan en la patria? Bástete conocer á Dios debajo de razón de bonísimo, piadosísimo, clementísimo, sapientísimo, liberalísimo, bienhechor y padre tuyo. Este camino es llano, fácil y común; sin peligro, sin ofensa y sin dificultad; y del que por aquí camina se puede decir lo que proverbialmente dijo Salomón: «El que anda con simplicidad, anda confiadamente». Hartos hombres sabios hemos visto que por su demasiada curiosidad y sutilezas en la contemplación, se quedaron á oscuras, vanos y vacíos, y á veces oprimidos de la gloria de Dios, y muchos simples muy adelante en la mística teología y ciencia del amor. A lo menos, quien guardare esta manera de meditar, se librará de muchas ilusiones del demonio, y no dará en los delirios y locuras que algunos melancólicos dan, que todo se les va en forjar quimeras y despertar dificultades.

DISCÍPULO. ¡Oh, soberana doctrina, más

de ángeles que de hombres! Verdaderamente, has quitado de los ojos de mi alma unas como escamas, que no me dejaban ver ni penetrar las riquezas del espíritu. Yo creo que para quedar perfectamente enseñado, no me falta más que saber el orden que he de tener en salir á las criaturas y volver á esconderme dentro de mí, para á solas gozar de Dios, con olvido de todas ellas, aspirando á la unión de Él con uniformidad de deseos.

MAESTRO. Yo, hijo, estoy muy cansado y tú tienes bien que meditar en lo que has oído; la noche nos convida al silencio, y es justo que le guardemos; por la mañana te diré lo que deseas y otras cosas que no habrán llegado á tu noticia.

DISCÍPULO. Sea como mandares, maestro mío. Dame tu bendición.

MAESTRO. La de Dios te acompañe y nos alcance á todos. Amén.

